



Oficina:
PÉREZ CASTELLANOS, 182.

LA FUSTA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por mes, Capital. . . \$ 0.20
 * * * campaña. . . 0.25
 Número suelto . . . 0.04
 * * * atrasado. . . 0.10

SEMENARIO SATÍRICO

ILUSTRADO

REFLEXIONES (por LATIGUILLO)



¡Cómo envidio a Cronje! No por ser el León de Africa, sino por su destierro en Santa Elena. ¡Ser el sucesor de Napoleón II! ¡Ea tener suerte!



No se puede decir que no soy popular. ¡Eliminados de mis recibos los insignificantes, se me llena aún la casa!



¿Renuncio ó no renuncio?—Un escultor al hacer la estatua de la indecisión me tomaría por modelo.



Si un boer, según los cálculos, vale por nueve ingleses; ¿á cuántos polleritas equivaldrá mi persona?

El primer fustazo.

Aquí estamos. Somos pocos.
Pocos, sí, pero escogidos,
Dejando modestia aparte
Y antipáticos renuilgos.
No venimos á llenar,
Según la frase de estilo
Y cajón, en estos casos,
El consabido vacío,....
A no ser el del estómago,
A no ser el del bolsillo.
¿Programa?—No le traemos.
¿Proyectos?—No los decimos.
¿Qué queremos?—Solazaros.
¿Qué pretendemos?—Reirmos.
Reirmos de todo el mundo:
De los altos, de los chicos,
De los gordos, de los flacos,
De los tontos, de los vivos,
De los viejos, de los jóvenes,
De los pobres, de los ricos....
Todo alegría y jarana,

Todo rumor y bullicio
Será nuestro semanario,
En el que siempre el ridículo
Hallara la puerta franca,
Como un viejo conocido,
Prohibiéndosele á lo serio
El asomar los hocicos....
Por lo demás, ya LA FUSTA
Manifiesta con su título
Su programa y sus propósitos,
Que no son otros, de niño,
Que calentar las orejas
De todos con sus chasquidos,
Al compás de carcajadas,
De muecas, risas y gritos.
Con esto y con un saludo
A lectores, prensa, amigos
Nos damos por presentados
Esperando que el camino
Halle trillado LA FUSTA
Para nuestro regocijo.

Chasquidos de la semana.

«Tienen ojos y no ven; tienen orejas y no oyen; tienen apéndice nasal y no huelen; tienen manos y no tocan; etc., etc.» dijo, más ó menos, y allá por los tiempos en que el mundo era un candombe, cierta persona que estaba al corriente de las facultades sentivas de los descendientes del goloso Adán y de la tentadora Eva... (sin Canel).

Pues bien: hoy á nosotros nos vienen de perilla (no la del Ministro de la idem) las transcritas palabras.

No vemos en la atmósfera política ningún presagio de próxima tormenta; no olfateamos ninguna conspiración *ad portas* por más narices de perdiguero que ponemos; no palpamos otra cosa que el vacío de nuestros bolsillos... En fin, estamos como el besugo de *El último chulo*, «con los ojos turbios y la cola debilita».

Nada, nada. Calma chica, ecuatorial. Ningún terremoto, ninguna *trajica* tragedia; ni siquiera un triste descarrilamiento con doscientas ó trescientas víctimas! Casi casi estamos por renegar de la mala hora en que se nos puso en la cabeza la idea de dar á luz (no alarmarse) esta FUSTA de nuestros pecados.

El cambio de estación trajo únicamente un cambio de palabras entre S. E. (á quien Dios conserve para modelos de Adonis y Narcisos) y el héroe de Cerros Colorados.

Parece, al decir de un confitero, que las cosas estuvieron á punto de caramelo. A haberse anunciado anticipadamente la función, no hubiera quedado á buen seguro una localidad vacía.

Un amigo mío, Don Robustiano Alcabuclles, situacionista consuetudinario, que tiene un berrugón grande como una nuez sobre el pómulo izquierdo y un tío carnal en la China y que presencia con un telescopio de marina el desarrollo de la *estrategia*, me decía, emocionado hasta la disparidad:

—¡Ay! (aquí un sollozo) sí viera Vd. visto aquello se le hubieran roto á Vd. los cristalinós de los ojos. ¡Era como para llorar como una vaca atacada de tristeza! Lindolfito haciendo el más delicioso de sus mohines le decía á Melitón: «Rico mío; yo sé que tú eres la más gruesa columna de mi imperio ahora que en mi jardín las *palmas* se han secado; yo sé, sol de mis ojos, amor de mis amores, que con dos dedos solamente de tu mano levantarías

en alto la *luna*... de Venecia más grande y la pondrías ante mí para ver reflejada en ella todas mis perfecciones faciales; yo sé que tú me idolatras... pero... pero no puedo concederte lo que deseas. ¡Que diría Francia! ¡Que dirían los boers! ¡Que diría el Universo entero!»

El émulo de Napoleón sintió que su corazón se enternecía ante tales frases y con voz más dulce que un merengue de crema de chantilly repuso, retirándose por el foro:

—¿Qué querés hermano que conteste á tus mimosidades? Nosotros los de pajuera no nos andamos con retintines pa eso de pedir! Otra vez te he de traer mi solicitud en papel soyayo. Conque así, hasta la güelta, que yo me estoy muriendo de ganas de ir á hechar una matada. Vos tomá una tasa de té con sedrón... y si te perdés chiflame.»

Al concluir su relato, don Robustiano se desmayó en mis brazos.

—¿Ves, Pancracia? ¡Lo que yo te decía! ¡Los hombres son todos unos pillos, unos canallas, unos sin vergüenzas, unos...»

—¿Se acabó el rosario, mamá?

—¡Sí! eso es, rieta de mis advertencias; tómallo todo á mofa... Después vendrás á quearte diciendo que yo no cumplí con mis deberes de madre... Pero no temas. En cuanto se aparezca por aquí el tuno de tu novio lo pongo de patitas en la calle. Lo que es á mí no me la pega. El, Nicodemo, con su cara de mosquita muerta y con su saquito de color de rata en estado de merecer, no viene aquí por tu carita...

—Pero mamá...

—No viene aquí por lo que tú puedas interesarle. Lo que quiere el mío picar, y se lo he conocido en el modo de rascarse la cabeza, es apoderarse de nuestra fortuna para después dejarnos en la calle...

—Pero mamá!

—¡Ya viste lo que dicen los diarios de ese caballero de industria que mostraba las cartas de su novia para sacar plata á todo el mundo! Apostaría que Nicodemo ha mostrado las tuyas al celador de la esquina. El otro día lo vi en animada conversación con él...

—¿Cómo quiere Vd. que mi Nicodemo traiga esas intenciones si él sabe bien que no tenemos un cobre?

—¡Ah! es un farsante, hija mía. Durante su última visita me fijé en que tiene un párpado más caído que el otro, y eso, al decir de doña Nicasia la corsetera, es señal infalible de hipocresía. Y además, tú sabes que él no ignora que algúo día debemos recibir la herencia de tu tío Bartolo que murió en Méjico hace veinticinco años!

—Pero si dejó diez hijos.

—Y eso que importa; cualquier día se pueden morir ellos también.

La existencia de la peste en la vecina orilla tiene en perpétua zozobra á no pocos habitantes de esta muy noble, leal y reconquistadora ciudad de San Felipe y Santiago.

Son de verse las precauciones que toman algunas familias.

En cierta casa de mi relación llega á tal punto el miedo que ha despertado la proximidad del flagelo, que cuando llama algúo á la puerta de la calle, antes de abrir preguntan al que golpea su nombre, su procedencia y si tiene suegra. Sobre todo esto último, pues saben que las suegras se pasan todo el día diciendo *pestes* de los yernos.

Una vez dentro de la casa el visitante, se le pasa á un cuarto de desinfección, después de lo cual se le invita á tomar un baño de agua caliente á 110 grados, rociándosele enseguida la cabeza

con ácido fénico y untándole la planta de los pies con aceite de castor.

Cumplidas estas medidas de profilaxia, es entonces que se le dá la mano, cubierta por guantes de gamusa, por supuesto, y se le pregunta por el motivo de su visita.

Si el visitante es un inglés las precauciones se llevan al grado máximo, no permitiéndosele siquiera que hale.

Todos los miembros de la familia, al acostarse y al levantarse, proceden á espulgarse mutuamente con una prolijidad que envidiaría un Chimpancé (y eso, que según se dice, este cuadrumano es maestro en el arte de espulgar), pues saben que las ratas y las pulgas son los vehículos de la bubónica.

Ratas en esa casa!
Figúrense Vds. que, por las dudas, ha sido borrado del diccionario el nombre del terrible roedor y que la hija de la casa no tararea más, por las dudas también, aquella parte de *El Tambor de Granaderos* que dice: «Rataplan, la mujer del archivero.»

Tenían un retrato del conde de Ratazzi y le prendieron fuego. Idéntica cosa se hizo con el librito de *La Gran Via*, por aquello de «Yo soy el rata primero», etc.

Si estornuda uno de los chiquilines, si al papá le duele en demasía uno de los 17 callos que sus pies ostentan, si la sirvienta tiene un descuido... y rompe un plato, la dueña de la casa, doña Jacoba, corre como un rayo á la biblioteca, saca en un abrir y cerrar de ojos *El Médico Práctico* y no se tranquiliza hasta que el libro no la dice con todas sus letras que lo que la alarma no tiene que ver nada con los síntomas de la peste bubónica.

Imagínense Vds. lo que acontecería en esa familia si la temida peste, (cosa que para paz nuestra nunca suceda), viniese á esta ciudad á saludarnos.

Doña Jacoba se muere, se muere sin remedio.

EL TÍO REBENQUE.

Quisicosas (à lo Zúñiga).

Con Paca Badaroz, Pepe Meneses
Unióse cierto día en matrimonio,
Y á los doce, cabales, justos meses
Muriósele un perrito á don Sempronio.
¿Quién de esto no deduce en un instante
Que es un gran animal el elefante?

En la calle Colonia un compadrito
A su novia le dió una puñalada,
Y en la esquina de Cerro y de Cerrito
Un caballo me daba una patada.
¡Bien decía Cervantes con empeño
Que el dormir en un lecho indica sueño!

Mientras Lauro Meléndez se lustraba
En un coche de plaza los botines,
A la luz de un farol me recordaba
Una vieja mis rotos escarpines.
¡Claro está que esto sólo es suficiente
Para decir que el frío no es caliente!

Leyendo un telegrama de la guerra
Tuvo un inglés ataque de lombrices,
Mientras Kruger, peleando por su tierra,
Se sonaba con fuerza las narices.

¡Esto quiere decir que en un momento
Puede un burro tratarse de jumento!

Adoro de la hermosa Serafina
Los ojos de esmeralda y el pie breve,
Y adoro en la elegante Celestina
El terso cutis de color de nieve.
En amor la pasión es un deleite
Diferente del vino y del aceite.

Estando Lola Ruiz en la azotea
Vió bajar una estrella de los cielos,
Y estando Juan Merlán en la platea
En su pecho sintió rugir los celos.
Ello prueba, lector, que en esta vida
Es el agua del río una bebida.

RIPIOSO.

Chicotazos.

- ¿Vienes?...
- ¿Hacia dónde te diriges?
- Por ahí!...
- Vamos!...

Montó mi amigo en el birloche, empuñó yo el látigo y *chis! chas!...* ¡Hermosa tarde!... Momento de silencio. Luego una pregunta mía:

- ¿Novedades?...
- Phis! nada, es decir, muy poco. No he visto país más desgraciado que éste para eso de las novedades?... Y esto nada tendría de particular, si los que en él vivimos no tuviéramos la maldita costumbre de preguntarle á todos los amigos que encontramos al cabo del día: ¿Qué se dice por ahí?... La interrogación es invariable y la contestación es invariable también: Nada! Casi nada! Muy poco!... ¡Es insuportable!...

¡Malol!—dije yo para mis adentros.—Este está hoy en uno de sus días *algidos*—y apuré el caballo con un latigazo.
—Sin embargo...
—¡Kh!...

—Sin embargo, he aquí una cosa ridícula, pero extremadamente ridícula... Mira.
Y con gesto de pocos amigos, me metió debajo de la nariz el diario de la tarde.
—Ah! sí... es cierto...

Pero yo no había visto nada, ni sabía á qué artículo se refería mi compañero.—El tosió una y otra vez, después, asegurándose los lentes sobre la nariz:

—Tartarines!—masculló entre dientes.—Debian estar todos entre rejas por estúpidos... ¿Cuándo se creará, señor, una cátedra de tontos?

Decididamente mi amigo sufría un ataque de nervios.

—¡Críticos!—siguió mascullando—¡Vaya unos tipos!... Y no me refiero, no, á los que pueden llenar dignamente ese título, á los que tienen bien ganada su reputación, y que son sensatos, con poca pedantería y mucho sentido común... Me refiero á los críticos de pacotilla, con erudición prestada y más orgullo tonto que pelos en la cabeza... No se necesita más que una cosa: que algún autor publique un libro, para que de inmediato le salgan al camino, como mastines hambrientos, diez ó doce *críticos* que se concretan á elogiar la obra de una manera insulsa y á corregirle... los errores de imprenta!... Torpes! torpes! y torpes!

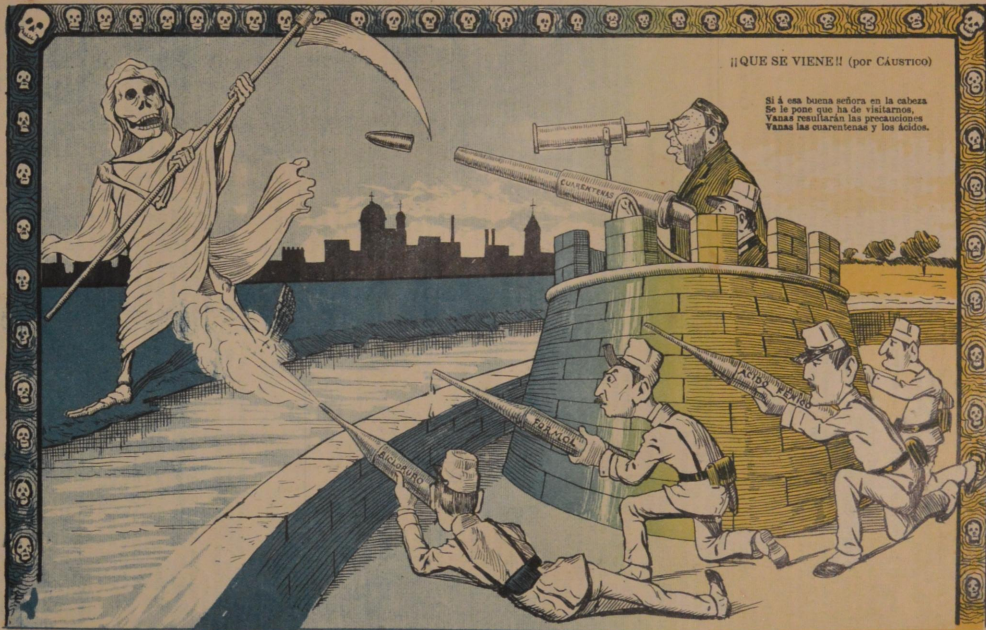
—¡Demontres!—pensé yo—este pobre va á concluir mal...



DEL NATURAL

S. E. (por MERLÍN)

Justo es que aquél que primero
Fetende mostrarse en todo,
Aunque de todo se asusta,
Aparezca en cuerpo entero,
Y por primero en LA FUSTA.



¡¡QUE SE VIENE!! (por CÁUSTICO)

Si á esa buena señora en la cabeza
Se le pone que ha de visitarnos,
Vanás resultar las precauciones
Vanás las cuarentenas y los ácidos.

BIBLIOTECA
MONTES

Es una calamidad, ¡ señor, una calamidad—y mi pobre amigo enarbolaba el periódico, haciendo con él una pelota, á fuerza de estrujarlo entre sus dedos.

Y después de una pausa continuó, con su voz de bajo en falso.

—Decidamente: lo que aquí ocurre, no pasa en otros países... Con razón los ingleses nos pinlan con aros en la nariz, como toros de raza, y taparrabos de plumas de avestruz...

—No están malos avestruces los ingleses—me atreví á decir yo; pero mi amigo no hizo caso de mis palabras y continuó:

—Literatos!... Si... algunos... los más pocos... el resto del montón no lo forman sino estúpidos... Conozco yo á varios que después de indigestarse con lecturas trazadas de una manera brutal, se pasean por esas calles *comitando* con la mayor frescura la *mañe* de barbaridades... Dios y el arte lo tenga en perdón...

—¡Qué hermosa tarde!—dijo yo interrumpiendo aquel desahogo terrible que me hacía chillar los oídos, lo mismo que si dispararan á mi espalda cañonazos.

—Mi amigo se dignó mirar el cielo, pero fué nada más que por un instante; enseguida volvió á la carga.

—Listima, que los que valen; unos cuantos que yo conozco con talento y modestia; se vean obligados á codearse con los *barbaros*... En fin, de cualquier manera, los primeros brillan siempre, y aunque con su luz propia iluminan de rechazo á los que nada valen, y que no por eso desmerecen... Esto me consuela!...

Habíamos llegado á Los Picotos.
—¿Que te parece que nos demos un baño?—pregunté...

—No me parece mal... Vamos...
Y cuando estuvimos en traje adecuado para meternos en el agua y vi á mi amigo dispuesto á zambullirse, respiré...

—Vamos—dije—con la frialdad del baño se le pasará á ésta la calentura literario-crítica.

Pero me equivocaba...
—¡Sabes que me ha atacado los nervios esa paparrucha con pretensiones de crítica!—Yo creo que para un buen autor no hay martirio más grande que la publicación de esas tonterías pretenciosas, donde los elogios toman el carácter de reproches...

No pude aguantar más y lo tiré, de cabeza, al agua...

CASCABEL.

Candilazo.

De *Candil*, pseudónimo que es el traje de modestia con que viste sus producciones un galano y espiritual escritor, habíamos solicitado algo para este número.

Con exquisita finura contestó á nuestro pedido enviándonos los versos siguientes:

Juan: quisiera complacerte,
pero está mi musa histórica
en un ataque continuo
de aquellos de «no te muevas».
Ya me rasgó no sé cuántos
pañuelos *de hilo*... *de ideas*,
y con uñas de felino
y fierezas de pantera,
me saca los consonantes
de la punta de la lengua.
En vano, haciéndome mimos
le digo que tú me ruegas,
que escriba algo; ella furibunda
me pone de vuelta y media.

«Ripioso:—me grita—mientes:
«no puede haber en la tierra
«quien tus *latas* solicite
«del común sentido en mengua.
«Eres tú quien las ofrezcas
«con poquísima vergüenza
«porque crees valer algo
«y no vales una... Meca.»
¡Ay Juan! perdóname si hoy
no te cumpto mi promesa
de escribirte en prosa ó verso
ni con *punta* ni sin ella...
Cuando el ataque haga crisis
y mi musa condescienda
verás como sé hacer algo
con su *punta*... de zonceras.

CANDIL.

Lo de siempre.—Ella y Él.

PRIMER ACTO

EL.—(*Apasionado*)—¡Ah! ¡Oh! ¡Angel de mi alma! Veros y amaros fué todo uno. Creed en mi pasión, pura como el azul del firmamento. No recha céis el tesoro de ternura que os ofrezco; ¡os amo... os amo!

ELLA.—(*Tímida*)—¿Me amais de veras?

EL.—Como el sol á la luna; como Romeo á Virgilio, como Abelardo á Desdémona.

ELLA.—Pues yo también te adoro.

LOS DOS.—(*A dúo y cantando*)—Amémonos, amémonos, porque el amor es la vida.

SEGUNDO ACTO

A los tres meses

ELLA.—Señor: es Vd. un monstruo, un miserable, un canalla que me ha engañado de la manera más infame. Es muy probable que yo á media noche haya dejado de existir. Las turbias aguas del río mecerán mañana mi inanimado cuerpo. Y conmigo morirá todo, todo: recuerdos y esperanzas. Adios; voy hacia la muerte...

EL.—(*Flemáticamente*)—Cálmate pichona mía. ¡Mojarse en esta estación es una locura! ¡Es tan fácil pescar un reumatismo...!

ELLA.—(*Aleándose precipitadamente por el foro*)—¡Miserable, aún osas escarnecerme!... (*Llanto y sollozos á lo lejos*).

TERCER ACTO

En la calle

(Ella y un señor)

ELLA.—(*Caminando en dirección al río*)—Sí, es necesario concluir de una vez y para siempre con esta vida de engaños y de perfidias. (*Deteniéndose de pronto*). ¡Estará muy fría el agua? ¡Qué importa que lo esté! Más helado no estará que el corazón del perjurio. A morir, pues, que la muerte...

UN SEÑOR.—(*Que pasa al lado de ella*)—¿Qué le duele á Vd., señorita? ¿Cuál es la misteriosa causa de esa pena?

ELLA.—(*Como en un mundo aparte*)—Toda la vida es sueño y los sueños, sueños son. (*Volviendo á la realidad*). Déjeme Vd. ir á entregarme en brazos de la Parca, caballero. Voy á morir.

EL SEÑOR.—(*Cantando*)—«Pecado, morir si givane...»—¿Quién la ha hecho á Vd. tomar tan trágica resolución?

ELLA.—Un traidor á la *fé* jurada.—(*Llorando*). ¡Ah! ¡los hombres, los hombres!

EL SEÑOR.—«Ojos á los que el dolor
Da tan celestial rocío
¡Cómo llorareis, Dios mío!
Cuando lloréis por amor!»

(De pronto)—Señorita, no muera Vd. (*hincándose*). De rodillas, como el creyente al pie de los altares, imploro su cariño. Mi amor, un amor inmenso como el océano, abrasador como el seno de un volcán, le ofrece á Vd. todo un caudal de ternuras. ¿Me quieres, di?

ELLA.—(*Oleída de que ea á morir, y aparte*)—«¿Qué torrente de pasión brota de sus labios!»—(*Al señor*)—«Caballero, por Dios, por caridad, que estamos en la calle! ¡que nos estan mirando!»

EL SEÑOR.—«¿Qué me importa la vida, qué la muerte?»

ELLA.—(*Abrazándolo*)—Hé aquí el alma hermana de mi alma que yo había soñado. Renuncio al suicidio.—(*Con fuego*)—Yo lo adoro á Vd.

EL SEÑOR.—¡Amada mía!

ELLA.—¡Amado mío!

LOS DOS.—(*Duo*)—¡Amor, amor, tú eres la juventud, tú eres la vida!—(*Telón rápido*)

JUAN CACHUPÍN.

Charlas y enredos.

No hay vuelta que darle: ó reventar ó creer.

Yo, como los árabes, pienso que los hombres al aparecer en el teatro de la vida, vienen ya de anlemano designados para cumplir una misión determinada.

¿Mirada por quién?

—Eso hay que averiguarlo.

Rafael, Vinci, Dante, Petrarca, Julio César, Napoleón, y todo el resto de esos álocos sublimes como los llamó alguien que de seguro fué poeta, fueron grandes predestinados.

Entre nosotros tambien hay uno: Don Clodomiro.

Don Clodomiro, que desde *chiquito* tiene la terrible desgracia de que lo persiga siempre la mejor de las suertes.

El sillón que queda vacante en el Senado con el fallecimiento de Don Jacobo Varela dá fé de lo que decimos.

A mí el *decadentismo* me revienta
Exclamaba un poeta cierto día
Dejándose abrazar por su sirvienta...
¡En verdad que el poeta no mental!

¿Conocen Vds. el cuento del enano de la venta?

¿No?

Pues ahí vá:

Érase que se era, en cierto pueblo de España, una venta en la que cada vez que alguno hablaba más fuerte de lo conveniente, se oía bajar de lo alto una voz, profunda, grave y campanuda, que imponía silencio á los bochincheros, aterrizando los.

La voz decía: ¡Callaos, malditos hijos de Barrabás; si bajo os he de arreglar las cuentas á todos!

Y todos, calladitos como en misa, se marchaban á sus respectivas casas.

Mas, una tarde acertó á pasar por la venta un mocetón fornido como un roble, el cual, según era costumbre en él, empezó á hablar casi á gritos.

Enseguida se oyó la voz del enano, repitiendo su eterna amenaza: «¡Si bajo! ¡Si bajo!».

El mocetón, que era todo un valiente de pelo en pecho, dirigiendo la vista hacia lo alto, de donde parecia salir la voz, gritó: «Oye, mastuerzo, que tú á mí no me intimidas!».

Y la voz, más grave, y más campanuda que nunca repitió su terrible amenaza: «¡Si bajo!».

Los que en la venta se hallaban, se estremecieron de espanto, «excepto el mocetón, que en un dos por tres, y con agilidad extraordinaria, trepó por la pared hasta el techo, donde vio escondido á un pobre enano puesto allí por el ventero como cuco de los parroquianos del fonducho, y el que se llevó la más soberana paliza sufrida por enano alguno en este mundo.

El cuento, y por eso lo refiero, tiene una muy justa aplicación entre nosotros, en su primera parte, por ahora.

El enano *de arriba* grita, chillá y amenaza... y todos tiemblan.

Pero no ha de tardar mucho en aparecer el mocetón de agallas, el héroe del cuento.

Dentro de pocos días aparecerá en los diarios de esta ciudad el siguiente aviso:

«Banda de música policial. — Se ofrece una muy excelente para dar serenatas en las calles, en ocasión de todo casamiento. Piezas de su repertorio: *El automóvil, El bello Nicolás, y La marcha de Cádiz*. Todas ellas ejecutadas con bombo y platillos, vistiendo los músicos sus vistosos uniformes. Precios módicos.»

Luciferica flor de esencia de oro
Preñada en el balcón de la armonía,
Do Dido vierte su lumineo lloro;
Eres vaho de amor de la poesía.

¡Si esto no es decadentismo puro y neto que me parta un rayo hecho á tornillo!

Doña Felipa Tirteafuera de Empujillo habiéndose enterado por los diarios que en la Argentina ha sido declarada oficialmente la fiebre aftosa, enfermedad que ataca al ganado vacuno, acaba de dirigir á su esposo, que está de paseo en el vecino país, el siguiente telegrama: «No te expongas al contagio, querido mío.»

Certamen de «La Fusta».

Señores: tenemos el honor de participar á Vds. que, á semejanza del *Madrid Cómicó*, LA FUSTA ha decidido abrir un concurso con las circunstancias siguientes:

Se ofrecerá un premio á la persona que, con más ingenio y gracia, conteste á esta pregunta:

¿CUAL ES LA MAYOR LOCURA?

Las respuestas han de ser sumamente breves, admitiéndose como máximun tres líneas de prosa ó una quintilla *en verso*.

La publicación de las contestaciones, que mezcán publicarse, comenzará en el número próximo y terminará en el número del 29 del entrante Abril.

El primer premio consistirá en una suscripción anual, (gratis por supuesto) á LA FUSTA, el segundo en una semestral y el tercero en una trimestral.

PASTILLAS DEL Dr. PUY PARA LA TOS



ESTÓMAGO ARTIFICIAL



Ø POLVOS del Dr. KUNTZ

En venta en las principales droguerías y farmacias de toda la República.

+ LA +
ABUNDANCIA
DE
JUNCAL, 40
Fernández, Domínguez & C.^{ía}
CASA de confianza
por sus tabacos
y elaboración
esmerada.
TELÉFONO
MONTEVIDEO
N.º 1085

SÓTANO
DE LA
INDEPENDENCIA
DE
Manuel Martínez
Calle Juncal, esq. Sarandí
FRENTE A LA
PLAZA INDEPENDENCIA

LA **ELEGANCIA** Manufactura
DE TABACOS
Á VAPOR
DE
LUIS FERNÁNDEZ
Son los cigarrillos más exquisitos y preferidos por los fumadores de buen gusto.
General Rondeau, 292 al 294
MONTEVIDEO

Para la aristocracia
ZARGAS mardí y laere, de pura lana, á 65 centésimos el metro.
BATISTAS de hilo, blancas, á 60 y 60 centésimos el metro.
DON PEDRO
San José y Daymán

JAIME MAESO
Rematador Público
Escritorio: Calle Ciudadela, 83
TELÉFONOS:
LAS DOS COMPAÑÍAS
MONTEVIDEO

Aperitivo italiano
Amaro
... Monte
... Cudine
Únicos concesionarios
BONOMI HERMANOS
458, 25 DE MAYO, 458

CORREA LUNA Hnos. y C.^{ía}
CÁMARAS, 144
Casa de compras en París
NOVEDADES
POR TODOS LOS PAQUETES
SURTIDO GENERAL COMPLETO

La Giraldá
18 de Julio, núm. 7
Por más que lo crean guasa, se tiene como muy cierto que los vinos de esta casa hacen revivir á un muerto.

REUMATISMO, CIÁTICA, LUMBAGO, DOLORES NEURÁLGICOS
Cura radical é infalible con algunas pinceladas del **Antirreumático del Dr. Sarvetti**
Depósito general
Droguería del Indio
CALLE 16 DE JULIO, 114

MUEBLERÍA y TAPICERÍA
Años, 216, 218 y 218a
Entre 18 de Julio y San José
Especialidad en la construcción de muebles de todos los estilos.
Única en el ramo que recibe directamente todos los artículos de construcción.

Café Tupí Nambá
DE
Francisco San Román & C.^{ía}
JUNCAL, 211
ESQUINA
BUENOS AIRES, 306 Y 308
MONTEVIDEO

Tipografía y Litografía
LA RAZÓN
CALLE CERRO, N.º 57
MONTEVIDEO
Teléfonos: Las dos Compañías